



por ISABEL
ROMERA

Amar nuestra tierra

He tenido, hasta hace poco, una vecina andaluza que todas las primaveras colgaba junto a su ventana el traje de faralaes para quitarle las arrugas del año y dejarlo en condiciones de uso, un uso coordinado, tengo que añadir, ya que en el Sur las mujeres utilizan los trajes típicos a la más mínima excusa festera.

Con sana envidia, he añorado mucho algo parecido en las pasadas fiestas de Manzanares y en otros actos públicos que justifican el uso del traje manchego.

Desde que se abolió la costumbre de nombrar Zagala y Zagalillas, que creo eran las únicas que en determinadas ocasiones vestían el traje regional, no he vuelto a ver que nadie utilice el traje típico ni siquiera en una ocasión tan especial como las fiestas de nuestro pueblo, ni las azafatas que atienden a los visitantes en la Feria del Campo se distinguen ya de cualquier azafata de congreso.

El uso del traje típico, aquí y en todas partes, es una seña de identidad que denota el amor a las tradiciones, cultura y folklore de la tierra donde uno vive, pero en Manzanares es mucho más fácil ver a cualquier niña vestir un traje de volantes, por ejemplo, que el traje manchego, y aunque no tengo nada en contra del primero, del que me encanta su vistosidad y colorido, lo encuentro tan inadecuado en mi tierra como nuestro traje típico en la feria de Antequera.

La explicación a este fenómeno no tiene su origen en las altas temperaturas estivales -los trajes regionales de todas partes dan color hasta en enero-, sino, en mi opinión, a la no interiorización de los valores culturales de nuestra tierra, tan ricos y valiosos

como los de cualquier otra zona de España.

Este escaso sentido de «pertenencia» a nuestra región, nos llevó a engancharnos a deshora al tren de las comunidades autónomas, que

se nos dio servido sin que todavía sepamos muy bien qué hacer con semejante cosa, quizá porque desde siempre La Mancha ha sido lugar de paso entre la sierra y el mar.

Hasta hace poco Manzanares se definía a sí misma como «encrucijada de La Mancha», es decir, cruce de caminos donde el viajero se detiene el tiempo justo, entre su punto de origen y destino. Eso nos ha hecho asimilar otros conceptos culturales y descuidar los nuestros, identificándonos nosotros mismos con la definición que hace de nuestra tierra Concha Espina: «tierra salobre y triste, lisa y monda, sin accidentes ni contornos», donde al parecer no merece la pena detenerse».

Solamente es necesario mirar alrededor, indagar en nuestra historia como región y en nuestra particular historia como pueblo, valorar nuestras raíces, sentir nuestra cultura, admirar nuestro folklore. muchísimo más extenso y variado de lo que a primera vista parece, saborear nuestro paisaje, la longitud de la campiña de anchos horizontes, la rítmica uniformidad de los olivos y viñedos, un paisaje apenas ondulado casi sin perfiles y lleno de colorido que define un poco

nuestra forma de ser; el espíritu manchego sin alas, tranquilo, un alma grande sin inquietudes de combate, pero de corazón fiel y afectivo, y captar la poesía que se desprende de la llanura en el quieto misterio de sus espectaculares atardeceres. En definitiva, amar nuestra tierra.

